

encontrado la religion, las leyes antiguas, la autoridad del sultan, y por lo tanto se detenia ante estos objetos de su veneracion.

Tal era el agitador asiático, nacido en una tienda de campaña, que iba á imponer leyes al palacio de sus soberanos.

XIII

Siguiendo las inspiraciones del caimakan, nuestro entendido jefe hizo jurar á sus soldados que no cometerian ningun pillaje, y los tuvo tres dias inmóviles, desarmados y silenciosos, en los fuertes que se les habian confiado, como para tranquilizar la capital, adormecer al sultan y domesticar la opinion pública con la sedicion, presentándola inofensiva y tranquila.

El tercer dia solamente se puso en marcha por las colinas que separan Constantinopla de Bouyouk-Déré, á la cabeza de un puñado de sediciosos que no excedia de seiscientos hombres y en dos horas llegó á las puertas de la ciudad. Precediale el terror, que los emisarios del caimakan y del mufí exajeraban en

la ciudad al mismo tiempo que lo ocultaban al serrallo. Esos hombres, decian al sultan, no vienen mas que á implorar el olvido de su falta y la amnistía de la sangre vertida; combatirlos sería sublevarlos de nuevo por la violencia, y el sultan, rodeado de conspiradores interesados en engañarle, creia así como sus ministros en estas explicaciones.

Pero el caimakan estaba resuelto á deshacerse, por medio de un golpe de mano cruelmente concebido y premeditado, de todos aquellos ministros y amigos de Selim III que pudiesen abrir los ojos á su soberano y contrabalancear su propia fortuna. Aparentando temblar por la seguridad del defferdar y de los principales consejeros de Estado del divan, contra quienes proferian mil amenazas los yamaks que se acercaban, ofreciales un asilo en su propio palacio, que defendia una fuerte guardia.

XIV

Aceptan con la mayor confianza esta invitacion el defferdar y los partidarios mas impopularmente notados de la reforma, y el caimakan los acoje con

una amabilidad que oculta la muerte; dispone que se les sirvan refrescos, pipas y café, símbolos de buena hospitalidad, y despues de felicitarles por haber confiado en su palacio, sale para dar á sus verdugos la órden de inmolarlos. Quería ofrecer el homenaje de sus cadáveres á los yamaks, adelantando su venganza con la perfidia.

XV

Cabatchi-Oghli habia entrado en la ciudad, cuyas calles recorria en medio de las aclamaciones del pueblo. Llegado que fué á las puertas del palacio del aga de los genizaros y dirigiéndose al segundo comandante, que habia quedado en Constantinopla y reemplazaba al aga:

« Aquí teneis, » dijole presentándole sus yamaks, « á los hijos del cuerpo, aquí teneis á los discipulos de vuestro santo patron Hadji-Begtasch, que vienen á reunirse con sus hermanos para defender juntos vuestra causa, la religion, las costumbres y las leyes del imperio. ¡Exijo en su nombre que os unais á nosotros para vengaros y castigar á los

« nizams y á los ministros impíos que quieren sustituirlos á vos y á nosotros! »

Indeciso el comandante de los genizaros, al oir estas palabras, entre los deberes que tenia con el sultan y las aspiraciones de los cuarteles, flotó como la fortuna, permitió á los soldados que deseaban salir que se uniesen á las bandas de Cabatchi-Oghli, y se contentó con permanecer inmóvil y como imparcial en su palacio. Ochocientos genizaros se pasaron á la sedicion, y Cabatchi los condujo á los cuarteles de la marina para seducir y arrastrar con su ejemplo á los galiondjis. El capitan-bajá estaba ausente, y no habiendo acuerdo entre los oficiales, cerraron los cuarteles. Cabatchi-Oghli los arengó desde el patio:

« Valientes marinos, » exclamó, « ¡honor y baularte del imperio en los mares tan á menudo enrojecidos con vuestra sangre! Vuestros secretos gemidos han pasado los umbrales de vuestros cuarteles y resonado entre nosotros. Si se prolongase nuestro estado dentro de poco os mandarian giaours y el estandarte del Profeta pasaria á manos de cristianos! Vengo á la cabeza de estos fieles defensores de la fé y del nombre otomano á devolveros vuestros derechos, vuestro honor, vuestros privilegios! Entrad en nuestra santa liga; pero antes sabed que no recibiremos mas que á hombres

« irreprochables, decididos á no manchar con desór-
 « denes ó el pillaje nuestra santa empresa, y anima-
 « dos exclusivamente por el espíritu de patriotismo
 « y religion que nos ha armado! Todo musulman
 « que, una vez admitido en nuestras filas, denigrase
 « nuestra causa, será repudiado al instante por el
 « pueblo é inmolado por nuestras propias manos! »

Intimidados con esta amenaza, los marineros, que esperaban el pillaje, contestaron con rumores de estupefaccion á las palabras severas de Cabatchi-Oghli, y doscientos solamente, mas probos ó fanáticos que les demás, se unieron á los yamaks y á los genízaros, marchando juntos á Tophana, barrio inmediato en la misma orilla del puerto para sublevar á los artilleros.

XVI

Como era el cuerpo mas favorable á la reforma militar y mas adicto al sultan, el caimak an, temiendo su resistencia, habia destituido á su jefe haciendo que circulase entre la tropa que el nombramiento de aquel alto destino y los empleos de oficia-

les serian la recompensa de los sargentos y subalternos que se decidiesen ántes por la causa de la insurreccion. Cabatchi-Oghli encontró las puertas cerradas; mas colocándose en medio de los suyos en la plaza que se extiende entre el cuartel y el mar :

« Artilleros, » exclamó con ademanes de amistad y de respeto, « no creais que venimos á disputaros el justo ascendiente que vuestros talentos y vuestra arma os conceden respecto á los defensores del imperio! No; mas acordaos que todos habeis salido de nuestras filas, que sois hermanos ó hijos de genízaros, lo selecto de tan sagrado cuerpo. ¡Abrid vuestras puertas! ¡Venid á nuestros brazos! En nombre de Hadji-Begtasch, vuestro patron y el nuestro, os conjuro que corrais al socorro de nuestras santas leyes. ¡El Profeta tiene su vista fija en vosotros! Si no abris vuestras puertas á su pueblo, ¡os lanzará su maldicion y os cerrará para siempre jamás las del paraíso de los creyentes! »

XVII

Estas palabras, acompañadas de gestos y repetidas por dos mil insurrectos y por el pueblo que formaba

una gran comitiva, la ausencia de órden, la inmovilidad de la orilla opuesta del puerto que se veía desde las ventanas del cuartel, las insinuaciones de algunos agentes vendidos al caimakan, la indecision natural en tropas sin direccion delante de un movimiento que todo lo subleva y arrastra á su paso, desconcertaron á los artilleros. Por fin se abrieron las puertas, sitiadas y defendidas á dentro con igual energia, y Cabatchi-Oghli fué llevado en triunfo hasta el patio por las oleadas del pueblo. Los sargentos mas antiguos de los artilleros y sus yamaks le rodearon; á imitacion suya abrazaron uno á uno á los topdjís y la emocion hizo correr lágrimas. No parecia sino que la religion y el honor se reconocian y abrazaban en el corazon de aquellos soldados separados un momento ántes por la astucia de los giaours. Solo los nizams, encerrados en sus aislados cuarteles, preparábanse á combatir y contaban con la resistencia y el apoyo de los artilleros. Al llegar á su noticia la defeccion de estos y de los marinos se atrincheraron detrás de sus murallas esperando el asalto y la muerte que todo al rededor suyo presagiaba.

XVIII

Seguro ya Cabatchi-Oghli de la ciudad y del espíritu del pueblo, no perdió su tiempo atacando á un enemigo impotente. Dejar enfriarse una sedicion, es arrebatarle la victoria; el audacia y la sorpresa es la táctica de las revoluciones y aquel hombre inculto la poseia admirablemente.

Dirigese valientemente por las calles mas populosas de Stamboul y hasta siguiendo las murallas del serrallo, á la plaza de Etmeidan, en el centro de la ciudad; y viendo que no se movia el sultan del recinto fortificado del serrallo y convencido que sus órdenes para batir á la rebelion no serian ejecutadas, comenzó descaradamente su mision de soberano, despues de haber consumado su mision de soldado y faccioso, ordenó á los genizaros de todas las ortas, ó compañías que habian quedado en Constantinopla, que llevasen á la plaza sus *marmitas*, emblema mas venerado que su bandera y al rededor de las cuales forman círculo las ortas en los dias de revolucion ó solemnidad.

Los pregoneros transmitieron esta orden instantáneamente á todos los barrios y alrededores de Stamboul, y á su voz los genizaros obedientes llevaron solemnemente sus marmitas á Etmeidan colocándolas en círculo, según el número de la orta, en torno del divan al aire libre que los soldados habían preparado para su orador y jefe.

« Hermanos y compañeros, » dijo Cabatchi-Oghli á las ortas allí agrupadas, « la reunion de estos emblemas venerados de vuestras ortas, de estos hogares del genizaro, es el testimonio visible de la union de todos los verdaderos creyentes en un mismo espíritu. Ya que estamos unidos; tengamos resolución. ¡ Es llegada la hora de confundir á nuestros enemigos ! ¡ El cielo se declara por nuestra causa que es la suya ! Estirpemos del seno de los Osmanlis á esa faccion impura que ha resuelto destruir á los genizaros y asemejar el musulman al giaour. ¡ Exijamos la disolucion del cuerpo de los nizams ! Dejemos á esos jóvenes soldados, arrastrados ó seducidos, volver tranquilamente á sus hogares, mas castigemos á los ministros y á los jefes criminales que han corrompido la pureza de la fé y jurado perder á los genizaros, columnas del imperio. »

Furibundas aclamaciones se oyeron en la plaza y

desplegando Cabatchi-Oghli una lista de proscritos, preparada de antemano por el caimakan, léela en alta voz á los genizaros y designa al pueblo y á las tropas las víctimas que pueden inmolar. A estos nombres grupos y sicarios, como los que salian de las legiones á la voz de Sila ó Mario, en tiempo de las proscripciones romanas, salen de la plaza, dirigidas por yamaks armados y recorren la ciudad para buscar y asesinar á los proscriptos. Pocos escaparon, aunque ocultos en casa de los cristianos ó de los judíos de su domesticidad.

Mientras tenían lugar estas ejecuciones el caimakan envió á la plaza de Etmeidan, á Cabatchi-Oghli, como testimonio de satisfaccion y homenaje, los cadáveres de sus cólegas asesinados á su vista por la mañana. Pronto volvieron los grupos de su misión sanguinaria trayendo la cabeza de los proscriptos que habían inmolidado y arrojándolas entre los cadáveres y marmitas á los piés del nuevo Mario.

XIX

Atroces episodios acompañaron estas proscripciones.

Uno de los proscriptos que se habia refugiado en casa de un judío amigo suyo, con una cajita que contenia sus tesoros; fué vendido por este que quiso así apoderarse de sus riquezas entregando su cabeza á los verdugos.

Otro que trataba de buscar un asilo en el serrallo fué conocido por sus asesinos, que llevaron su furor hasta devorar su corazon.

Este, refugiado en casa de un jardinero griego, fiel en su desgracia, pero temiendo al fin perder á su salvador, fué á entregarse con serenidad y resignacion á los yamaks. Su virtud, su venerable figura, el causancio de inmolar quizás, enternecieron á la multitud sorprendida del heroismo del moribundo.

— « Valientes genizaros » dijo Cabatchi-Oghli, « la confianza de este anciano ¿ no prueba hasta cierto punto su inocencia ? ¿ Muere ó vive ? Vosotros direis.

— « Que viva, » gritó la multitud y la misma tan versátil en Oriente como en Europa le escoltó hasta su casa.

XX

Cansado el pueblo de víctimas vulgares pedia á grandes voces, al través de las puertas cerradas del serrallo, la cabeza del bostandji-baschi, general de las guardias personales del palacio y el jóven favorito mas amado del sultan. Al oír Selim aquellos gritos temió que la sedicion obstinada no se calmase sino entregándole una víctima que no podia sacrificar sin entregar su corazon y su conciencia á los facciosos. Tambien llegaron al oído del jóven esclavo aquellas voces de muerte, que la resistencia de Selim cambiaba en gritos de ira y maldicion contra él mismo, y estimando mas la salvacion de su soberano que su vida, arrojóse anegado en lágrimas á los piés del sultan conjurándole que le entregase muerto á sus enemigos para que contestando al pueblo con su cabeza no peligrara la de su amigo.

Selim vacilaba y parecia horrorizado, y el bostandji insistia implorando la muerte como los cobardes imploran la vida.

XXI

El sultan cubrió sus ojos con sus manos: « Pues « bien, hijo mio, » dijo á su esclavo, « puesto que « tú mismo quieres morir para desarmar á este pueblo sin piedad, ¡muere, y que la bendicion de Dios « te acompañe al cielo, que recompensa los generosos sacrificios ! »

El bostandji tendió el cuello á un ejecutor, que le cortó la cabeza, arrojándola á los genizaros por encima de las almenas de la Sublime Puerta; recógenla estos con gritos de tigres y llévanla á Etmeidan, á los piés de Cabatchi-Oghli.

Diez y siete cabezas de jefes y de ministros del partido de la reforma estaban colocadas en frente de aquel soberano de la rebelion y de las marmitas de las ortas. Tres dias con tres noches hacia que la sangre corria y que el sultan, cautivo dentro del serrallo, oia la degollacion de sus amigos. Ni un solo miembro del divan habia sobrevivido, pero Selim III reinaba todavía. El respeto inmemorial por la sangre de Othman protegía la vida y el cetro de aquel prin-

cipe hasta contra el acero que acababa de inmolar á todos sus servidores. Los jefes invisibles de la sedicion, el caimakan y el muftí deliberaban para saber si convenia dejar en el trono á un príncipe tan apegado á las innovaciones detestadas, un príncipe tan ultrajado entónces y cuya sumision aparente y momentánea á su voluntad produciria tarde ó temprano una inevitable venganza. Los medios crimenes, decian, ¿ no fueron siempre la pérdida segura de los criminales ?

Decidieron que era indispensable destronar á Selim para que se absolviese su audacia, colocando en el trono, al jóven y ligero Mustafá, hijo primogénito del último de los sultanes, Abdul-Hamid.

Cabatchi-Oghli que era el único que hablaba á las tropas y al pueblo se presentó al cuarto dia, al amanecer, seguido de una imponente comitiva en la plaza de Etmeidan, y designando las cabezas lívidas que yacian delante de las ortas de los genizaros.

« Estais vengados » dijo, « nuestros enemigos han « sucumbido; venció la causa de la religion y de « las leyes; el sultan acaba de pronunciar la abolicion de los nizams; ya no teneis que temer mas « rivales. — Pero » añadió con acento mas terrible, « este príncipe, enemigo nuestro desde que respira, « ¿ merece acaso nuestra confianza por declararse

« amigo nuestro desde que no puede detestarnos
 « impunemente ? Si todo lo concede hoy es porque
 « su cabeza y su corona están bajo la sombra de
 « nuestros yalaganes; pero en cuanto limpiemos
 « nuestros sables y tengamos que dispersarnos para
 « defender el imperio ¿ no consumará sus proyectos
 « contra nosotros ? Y tendríamos que tomar otra
 « vez las armas y hacer de nuevo con arroyos de
 « sangre lo que acabamos de consumir. ¡ Insensatos!
 « prepararíamos á este imperio dos revoluciones en
 « vez de una !

« No espongamos el imperio á tales sacudimien-
 « tos. — Me comprendeis y os comprendo. Quereis
 « que el sultan Selim III sea destronado al instante,
 « pero vosotros solos, valientes genizaros, no podeis
 « decidir tan importante cuestion; debe hacerlo el
 « oráculo de la ley, el muftí; consultémosle res-
 « tuosamente y que su fetwa nos diga si Selim
 « debe continuar en el trono ó dejarle á su su-
 « cesor. »

Los genizaros y el pueblo con esa gravedad que caracteriza las mismas sediciones entre los otomanos, suscribieron con toda serenidad y reflexion á aquella audáz empresa. El dictador comisionó algunos emisarios para que llevasen al muftí la cuestion constitucional, que redactó así :

« El padischah que viola el Coran, ¿ merece per-
 manecer en el trono ?

El osado muftí, que habia inspirado la proposi-
 cion, fingió ser sorprendido y consternado cuando
 recibió la respuesta, y llorando hipócritamente por
 las desgracias de la nacion y por la sangre derrama-
 da, exclamó :

« Príncipe desgraciado y corrompido por los vi-
 « cios de tu educacion, la debilidad de Vely-Zadé,
 « mi predecesor, ha completado tu ceguedad; con-
 « sejeros prevaricadores, que la justicia del pueblo
 « acaba de castigar, han arrastrado tu juventud lé-
 « jos de la senda de salvacion; has olvidado que
 « eras padre de los creyentes. En vez de depositar tu
 « confianza en ese Dios que puede pulverizar en un
 « instante los ejércitos mas formidables, has querido
 « asemejar los Osmanlis á los giaours; has ofendido
 « á Dios y te abandona. ¿ Acaso podrias reinar en
 « nombre de nuestras leyes que desprecias ?

« Los soldados que debian defenderte no tienen ya
 « confianza en tí. Tu reinado no serviria mas que á
 « perpetuar nuestras discordias. Compadézcode por-
 « que tenias virtudes que hubieran podido labrar la
 « gloria de un imperio, pero considero ante todo el
 « interés de la fé y la salvacion de los Osmanlis. »

Salió, y volvió despues trayendo su fetwa contenido

en una sola palabra en gruesos caracteres « *No.* » Mas como si hubiera querido reservarse un doble sentido ó una excusa para el porvenir por tanta osadía, escribió debajo del *no fatal*, este proverbio turco, que deja en la duda al espíritu humano, y deja al cielo toda responsabilidad : « *Dios sabe lo que mas conviene.* »

« Ya lo oís, genizaros, » exclamó Cabatchi-Oghli, al abrir y leer el fetwa, « ya lo oís; Selim es condenado por boca misma del que había elegido para ser intérprete del Profeta. Pronunciad ahora; ¿ podéis fiaros á Selim ? »

« No, no, » exclamaron los musulmanes moviendo la cabeza, « ¡ no queremos que sea nuestro soberano !
« ¡ Que sea destronado ! ¡ Viva el sultan Mustafá ! »

Tomando de nuevo la palabra declaró Cabatchi, en nombre de la nacion, del muftí y de los genizaros, que el sultan Selim III, hijo del sultan Mustafá, había cesado de reinar, y que el sultan Mustafá IV, hijo de Abdul-Hamid, era proclamado emperador de los otomanos.

XXII

Reinaba sin embargo grande ansiedad entre los genizaros y Cabatchi-Oghli; el sultan Mustafá se hallaba en poder de Selim, el serrallo estaba cerrado, los pajes, los cuerpos de bostandjis sobre las armas en los patios interiores y los sublevados no tenían cañones ni escaleras necesarias para dar el asalto á las murallas ó destruir las puertas. Confiando pues el osado muftí en el carácter de inviolabilidad que le daba la religion, decidióse á penetrar en el serrallo, á informar al sultan de su deposicion y á aconsejarle que se sometiese á ella sin defensa. El pontífice conocia demasiado la dulzura de Selim III para temer la venganza de su soberano.

Antes que entrase el muftí en el serrallo, algunos emisarios de Selim, mezclados con la multitud, le habían llevado con los rumores públicos un resto de esperanza. Los jefes superiores de los genizaros decían que estaban descontentos viendo á un hombre de la nada, como Cabatchi-Oghli y sus viles yamaks,

disponer del pueblo y del imperio, y que se unirían á los nizams para defender á Selim. Estas noticias animaban un tanto á las mujeres, esclavos y últimos amigos que rodeaban al sultan.

Habia salido este del serrallo al amanecer, para esperar en las habitaciones públicas lo que le preparase aquel dia, y detúvose en la grande sala de recepcion del palacio, sentándose en el ángulo de un divan, inmóvil y silencioso como quien todo lo teme. Sus esclavos y familiares, de pié delante de él, ahogaban sus gemidos y contenian sus sollozos, cuando se presentó el muftí, marchando lentamente y con la vista en tierra y aparentando un dolor que espresaba con afectados sollozos. El sultan le dirigió una de esas miradas penetrantes é inquietas que parecen arrancar á la fisonomía *el destino que los labios retienen todavía*. Prosternándose el muftí á los piés del sultan, dijo:

« Vengo, oh soberano mio ! á cumplir una mision
« dolorosa, mas he debido aceptarla para evitar que
« una multitud furiosa violase este sagrado recinto.
« Los genizaros y el pueblo acaban de proclamar
« emperador á vuestro primo, el sultan Mustafá.
« Toda resistencia es inútil y no serviria mas que á
« inmolar á nuestros últimos amigos. Estaba decre-
« tado. ¡ Qué podemos nosotros, débiles mortales,

« contra la voluntad de Dios ! ; Humillémonos en su
« presencia y resignémonos á sus decretos ! »

El sultan escuchó con impasibilidad al muftí, ¿ para que derramar una sangre que seria perdida ? Toda la concurrencia palidecía y temblaba. Levantóse mas hermoso y noble, dicen, merced á la majestad de su infortunio, y parecia como coronado con la pureza de sus intenciones y todo el bien que habia querido hacer á su pueblo. Humedeciéronse sus ojos al pasear una mirada de adios por su córte y servidores, de los cuales iba á separarse para siempre. En fin, atravesó lentamente la sala de audiencia y fué á encerrarse en la parte mas retirada del palacio, donde habia languidecido veintiocho años ántes de subir al trono.

Bajando la escalera que conducia á las habitaciones de los príncipes cautivos, encontró á su primo Mustafá que la dejaba para sentarse en el trono.

« Hermano, » díjole Selim, parándole, « Dios me
« manda bajar del trono donde vais á sentaros. He
« incurrido en la cólera del pueblo por haber que-
« rido elevar la nacion á la altura que merecía. Re-
« pruébaseme por mis buenas intenciones y vuel-
« vo sin sentimiento á la vida privada. Mas feliz
« que yo vais á reinar en los Osmanlis con la fuer-
« za que os dispensa su entusiasmo, y estoy seguro

« que corresponderéis á su amor con vuestras virtudes. »

Lijero é ingrato Mustafá, á quien habia colmado Selim III de atenciones y ternura durante su reinado, parecia escuchar con impaciencia y como deseando reinar ya, las amables palabras de Selim, cuyo abrazo recibió con frialdad. Al fin entró en las habitaciones que Mustafá acababa de dejar y donde estaba Mahmoud, hermano menor de este, cuya reclusion é infortunio iba á compartir.

Este jóven príncipe, apénas adolescente, pero dotado de un corazon afectuoso, de sentimientos nobles y de una clara inteligencia, veneraba á Selim pagándole con su amor y gratitud los cuidados verdaderamente paternos que habia dispensado á sus primos. Echándose á los piés del sultan destronado con un respeto mas tierno del que le hubiera manifestado en el trono, besó sus rodillas anegando de lágrimas sus manos, lágrimas que hicieron correr las de Selim. Tanto afecto en momentos en que disminuian todos los afectos consoló su desgracia y consagróse á la educacion de Mahmoud. Ambos príncipes aprovecharon la soledad para penetrarse mejor aun del espíritu de reforma que habia causado la caida del uno y que debia hacer el poder del otro.

El alma de Selim se trasmitió y perpetuó así en Mahmoud.

XXIII

Cuando llegó á los nizams la noticia de la caida del sultan, temiendo la venganza del pueblo, y libres de sus compromisos, abandonaron sus cuarteles y sus uniformes y dispersáronse uno á uno, como malhechores, por las provincias del imperio. Salvas de todas las baterías de Constantinopla anunciaron la revolucion consumada á todos los barrios. Mustafá confirmó en sus destinos al gran visir y á los ministros que se hallaban en el campo de Schumla. Los genízaros se encargaron otra vez del servicio, volvieron á sus cuarteles con sus marmitas y recobraron todos sus privilegios. Respecto á los yamaks, instrumentos desdeñados de una revolucion consumada, recibieron una miserable gratificacion y fueron relegados por el caimakan á los fuertes del Bósforo, su antigua residencia. Cabatchi-Oghli, el dictador de tres dias, que habia gobernado la nacion, juzgado á los ministros, destronado el sultan y coronado á su